

habiendo ordenado el Santo á su mayordomo por el mes de setiembre, que dispusiese los vasos de su bodega para recoger la cosecha, le respondió éste, que era ociosa la prevención por no haberla. Mandóle el siervo de Dios que trajese las uvas que encontrase en las viñas, en las que solo hubo tres racimos, y echando sobre ellos su bendición, ordenó al mayordomo que los esprimiese en las vasijas, las cuales se ballaron llenas de vino mas superior que el de los años precedentes. Dispuso el venerable prelado que se distribuyese diariamente en el pueblo; y continuando el Señor sus prodigios, en lugar de disminuirse crecía el vino milagrosamente con admiración de todos cuantos llegaron á saber tan extraordinaria maravilla. Igual prodigio obró en otro año de tanta escasez de lluvias, que no se cogió cosa alguna en el territorio de Vique. Dió orden el santo prelado en vista de la necesidad, que se recogiese en su palacio todo el trigo de diezmos que tenia en las paneras de su diócesi, hizolo moler para repartirlo entre los pobres, y distribuyéndolo diariamente por sí mismo, despues de celebrar el santo sacrificio de la misa, siempre sobraba pan con abundancia, aunque fuese inmenso el número de los necesitados, por lo que entendieron claramente todos que era la mano poderosa de Dios la que lo multiplicaba por los méritos de su amado siervo.

Otros muchos y grandes milagros obró el bienaventurado obispo Fr. Bernardo, porque muchos ciegos por sus oraciones cobraban vista, los sordos el oido, los cojos el caminar, los tullidos se valian de sus miembros, y á todos exhortaba que dejasen el pecado y perseverasen en la virtud, que Dios omnipotente en semejantes casos era todo misericordia. Nunca cesaba cuando tenia oportunidad de predicar, y era muy prudente y severo en extirpar los vicios públicos. Dedicábase frecuentemente á la administración del sacramento de la penitencia, y rogaba con grande amor y caridad á sus clérigos que se empleasen en esto, y que para ello se preparasen con oración y doctrina, y que sin la oración no se pusiesen en el confesonario.

Así vivió este dichoso prelado lo que le quedaba de vida con gran santidad. Enfermó, y entendiendo que se despedía de este mundo miserable, hizose traer los salmos penitenciales, y los dijo con grande contemplación, exhortando á todos los suyos á que hiciesen penitencia: así se preparó para morir en el ósculo del Señor, despues de haber recibido los últimos sacramentos. Fué su dichoso tránsito á 26 de octubre del año 1243, reinando en el principado de Cataluña el serenísimo príncipe D. Jaime I de este nombre. Fué grande la pena y tristeza que tuvieron de su muerte no

solo el clero de Vique, sino tambien los ciudadanos y todo su obispado por lo mucho que le querian. Estuvieron ocho dias sin enterrarle, y en todo este tiempo nunca dió de sí mal olor; antes bien si milagros obró Dios nuestro Señor en la vida del Santo por su intercesion, muchos mas obró siendo muerto. Pasados los ocho dias, antes de sepultarle vino gran concurso de gente á verle, y todos los que le tocaban y estaban en necesidad, hallaban remedio. Depositáronle en un magnífico sepulcro de mármol cerca de la pila bautismal de su iglesia, donde es tenido en grande veneración, y se ha dignado el Señor continuar obrando por la intercesion de su siervo repetidísimos milagros, de los cuales constan justificados ciento cuatro con la simplicidad que acostumbraban los antiguos en la sumaria hecha en el año 1244 por los canónigos de Vique Ramon Cabreta y Ramon de Sala, de comision del obispo de aquella Iglesia á instancias de su cabildo. Domenech vió la vida de este siervo de Dios escrita en lengua lemosina por un escritor cercano á aquellos tiempos. Por decreto de la sagrada congregacion de Ritos de 22 de julio del año 1723 fué concedido al clero secular y regular del obispado de Vique que celebrase la fiesta de S. Bernardo el dia 24 de octubre, con rito doble de segunda clase.

SAN MARTIRIAN Ó MARTIRIANO, OBISPO Y MÁRTIR,
PATRON DE BAÑOLES (*).

EL glorioso S. Martiriano fué italiano natural de la ciudad de Florencia en Toscana, hijo de padres nobles pero gentiles. Llamábase su padre Zelopo, y su madre Eufragia. En su niñez edad dió señales de lo que habia de ser, porque siendo de nueve años de edad se ocupaba ya en ayunos, oraciones, é iba siempre vestido de cilicio.

A los doce años se le murieron sus padres, y entrando en la iglesia, un dia oyó aquellas palabras del Evangelio: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y dalo á los pobres, y sigueme;» hizolo así el jóven Martiriano, dando todos sus bienes á los pobres. Aconteció, que estando una noche en oración oyó

(*) Domenech en su Historia de los Santos de Cataluña, dice que sacó esta vida de las lecciones de los maitines del monasterio de S. Estéban de Bañoles, de la órden de S. Benito, la cual hemos creído conveniente continuarla aqui integra tal cual la escribió el citado autor y se lee en su referida historia.

una voz que le decía: «Martiriano, si no te bautizas no puedes ser participante de mis bienes.»

Turbóse de semejante voz el mancebo, y levantándose de la oracion, no vió persona alguna. Otra noche le apareció el ángel del Señor, y le dijo: «Levántate y vete al lugar de Magdale, donde hallarás un hombre anciano vestido con hábito de religioso, éste te dirá lo que has de hacer.» El bienaventurado mozo se levantó, y fué al lugar indicado por el ángel, y halló al religioso del modo que se le habia dicho. Era el monge S. Frusor, abad del monasterio de aquel lugar, quien habia convertido aquel pueblo á la fe de Jesucristo y edificado un monasterio á honra y gloria de Dios y de nuestra Señora. Llegándose Martiriano al santo varon, le dijo: «Padre, entendé que el ángel del Señor me ha enviado á vos diciéndome, que me enseñaréis lo que tengo de hacer.»

Preguntóle S. Frusor acerca de su patria, y si habia recibido el bautismo. Sabido que no, le catequizó y bautizó; y juntamente le dió el hábito de religioso, el cual recibió Martiriano con alegría. Siendo monge fué tan continuo en la oracion, que no cesaba de dia ni de noche de ocuparse en aquel santo ejercicio.

La soberbia, y cualquiera malevolencia y lujuria tenia bajo de sus pies. Siendo ya de veinte y dos años, fué ordenado de sacerdote, y como mucho tiempo despues muriese S. Frusor (en cuya muerte, segun se entiende del leccionario de Bañoles, oyeron los religiosos cánticos, voces y melodias de ángeles), eligieronle los mismos monges por su abad. Y aunque sintió mucho de que echasen mano de él para esta dignidad, hubo de aceptarla, y gobernó aquel monasterio por tiempo de tres años.

Habia en aquellos tiempos una isla apartada del dicho monasterio sesenta y siete millas llamada Albengara, en la cual habitaba cincuenta años hacia, un varon noble y religioso llamado Juncio, que era entonces obispo de aquella isla y de su ciudad, sin haber podido convertir á la fe de Jesucristo mas que cinco hombres y dos mujeres. Entendida por este prelado la fama de Martiriano, y lo mucho que aborrecia y huia del pecado, envióle á Judaico, diácono suyo, con una carta, en la cual le consoló mucho, y se detuvo por espacio de tres dias su diácono, no estándolo los dos de emplearse en contemplar las grandezas del Señor.

Despues Martiriano fué á visitar á S. Juncio, el cual holgó tanto de verlo, que de contento se puso á llorar, y estuvieron los dos santos por tiempo de una hora, que el uno no pudo decir

cosa alguna al otro, porque habia tiempo que se deseaban ver, y veian entonces cumplido su deseo. Pasado esto, dijo Martiriano al santo obispo: «¡O padre santo, el gozo de Dios y de su Madre santísima alegre vuestra ánima y cuerpo!» Y Juncio le dijo: «¡O siervo de Dios, que os deseaba ver tanto para que pudiese contemplar con vos las cosas divinas, que no me cabe el contento en el pecho!»

Fué tanta la consolacion en el Señor destos dos bienaventurados varones, que estuvieron por espacio de siete dias y siete noches en coloquios divinos sin acordarse de comer ni beber, porque la virtud de Dios les sustentaba. Pasados los siete dias vino el diácono, y vióles que estaban contemplando, y les dijo: «Ya es hora que comais, porque siete dias ha que no habeis tomado refeccion corporal.» Aparejada la comida vinieron los santos á la mesa, y fué traída delante de ellos una mujer endemoniada, para que echasen della los demonios. Y despues de una humilde contienda, en que cada uno queria ver la virtud del otro, dijo S. Martiriano: «Hagamos los dos juntos oración, para que esta mujer no se pierda, y roguemos todos al Señor por ella.» Haciendo los dos santos oracion, los demonios dieron gritos, y dijeron: «Martiriano, ¿qué te habemos hecho, para que desta manera nos quieras quemar?» Respondióles el Santo: «Yo os mando que salgais del cuerpo desta mujer, y que no le hagais daño alguno;» y así lo hicieron sin mas replicar. Despues de ocho dias reveló el santo obispo Juncio á Martiriano su muerte, y rogóle que quedase allí hasta que él acabase los dias. Estuvo allí este bienaventurado ocho dias, y S. Juncio trocó esta vida mortal con la eterna, y los ángeles recibieron su santa ánima con grande alegría y contento.

El glorioso S. Martiriano tomó el cuerpo del santo prelado, y enterrólo con muchas lágrimas en un sepulcro de mármol como un siervo de Dios tan grande merecia. Siendo enterrado el santo obispo tuvieron gran cuestion los circunstantes, quién podia ser suficiente para regir aquel pueblo. Y estando estos en contienda vino el ángel con una carta escrita con letras de oro, la cual decía: «El que ha de suceder en el obispado es Martiriano, amado del Señor, y esto es lo que manda Dios.» Viendo esto el bienaventurado S. Martiriano, aceptó la dignidad de obispo de aquella ciudad.

Aconteció por sucesion de tiempo, que el señor de la isla, llamado Entropio, tenia una hija que estaba endemoniada, de la cual de ninguna suerte podian echar los demonios. El dicho principe entendiendo la fama del Santo, y como habia curado una mujer que tenia siete demonios, determinó llevarle

su hija, para que la sacase de aquellos trabajos. Llegó el príncipe delante del Santo, y díjole: «O siervo de Dios, si en nombre de Jesucristo, el cual tú predicas y dices que tiene tanta virtud, echas al demonio del cuerpo de mi hija, yo creeré en él con toda mi casa.» Entonces S. Martiriano dijo á Eutropio: «Si tú crees en el Padre, y en el Hijo, y en el Espíritu Santo, que son tres personas y un solo Dios, yo le rogaré que tu hija sea libre del demonio.» Respondió Eutropio: «Yo creo todo lo que dices.» Entonces el príncipe hizo juntar todo el pueblo, y S. Martiriano delante de la multitud rogó por aquella señora, suplicando al Señor la quisiese librar del demonio, y luego fué curada. El pueblo viendo tan grande maravilla volvióse al Santo, y dijo: «Bendito sois vos, que venís en nombre del Señor;» luego el príncipe Eutropio pidió el bautismo, y él le bautizó con todo su pueblo, el cual era de ocho mil hombres sin las mujeres y muchachos.

Estuvo S. Martiriano allí por espacio de tres años predicando al pueblo que hiciese penitencia, y enseñádoles las cosas de la fe. Despues de los tres años viendo que no podía hacer penitencia, como hacia S. Frusor, fué con un solo criado lector suyo llamado Epimora, y pasó el mar con una nao, y llegando á los desiertos de Egipto, estuvo allí por espacio de tres años, en el cual tiempo no comía sino yerbas, escepto que el ángel del Señor le llevaba un día en la semana un pan para él y su criado.

En esta era murió el duque Eutropio, y su hija casó con el señor de Florencia, el cual era hombre inquieto, y habia turbado al pueblo. Este como mal príncipe tenia un ídolo llamado Esteriol, y mandó hacer un pregon por toda la isla, que todos le adorasen, le ofreciesen incienso, y dejasen á Cristo. Fué tan poca la constancia de aquel pueblo en la fe, que todos hicieron lo que les mandó.

Aconteció un día, que diciendo S. Martiriano misa cayóle una gota de sangre sobre la mano derecha, el cual viéndola se espantó mucho, y mirando el cielo vió el ángel del Señor que le decía: «O Martiriano, siervo de Dios, hágote saber, que el pueblo albengarense ha vuelto á sus errores. Vete allá, porque se te aparece corona de mártir.» Fué luego Martiriano, y llegando á la ciudad de Albengara, así que entró en ella, el ídolo Esteriol dió gritos, y dijo: «Oh miserable de mí, ¿qué haré, adonde iré? porque ha venido el que me ha vencido, y no puedo escapar de sus manos.» Estaba el príncipe cerca dél, y díjole: «Si tú me muestras este hombre, yo haré que te adore.» Pero llegando allí Martiriano quedó el ídolo, ó por mejor decir, el demonio mudo.

Viendo el duque lo que pasaba, lleno de cólera, dijo á S. Martiriano: «¿Tú eres el que con tu gran imperio has hecho que este pueblo creyese en Jesucristo, al cual los judios crucificaron?» Dijo el Santo: «Así es por la misericordia de Dios.» Dijo el tirano: «Si tanto poder tiene, como tú dices, Jesus de Nazareth, ¿por qué no mató á los judios, que le crucificaron?»

Entonces dijo S. Martiriano: «Nuestro Señor no es muerto por temor de los judios, ni por otra cosa, sino por la redencion de las almas, y por nuestros pecados. Tus ídolos en nosotros no tienen poder, ni saben hablar cuando es menester, ni tú tampoco sabrás hablar, que confias en ellos, cuando será menester. Mira, que no sacrificaré á tus dioses.» Viendo aquel mal príncipe la constancia del mártir, mandó que le pusiesen al tormento llamado ecúleo, y con uñas de hierro despedazar sus carnes. Hizo-se, y con tanta crueldad, que no dejaron sobre el Santo sino poca carne. Tras esto lo mandó entregar á cuatro leones, que no habian comido tres dias habia, donde Dios mostró su grande poder, porque siendo echado á los leones, luego que ellos le vieron se arrodillaron, y vinieron á adorarle. Viendo el tirano tan gran maravilla, encendido en cólera, mandó sacarle del lago de los leones, y díjole: «Tu padre y tu madre tenian en las partes de Florencia muy buena fama, pero tú no has seguido sus pisadas. Yo creo que no has podido engañar la gente de aquella tierra, y has venido á burlar la desta isla, y no solamente engañas la gente, sino las mismas bestias. Yo te hago saber que si no ofreces sacrificio á los dioses, á los cuales tus padres sacrificaron, te haré quitar la vida.» Al cual dijo el Santo: «Si los dioses que adoras hiciesen florecer, como hace mi Señor Jesucristo, yo les adoraria. Pero tus dioses tienen orejas, y no pueden oír; ojos, y no pueden ver; pies, y no pueden caminar, y finalmente no tienen virtud alguna. Nuestro Señor Jesucristo hace florecer, da vida, hace todo lo que nosotros habemos menester, y por eso aquel has de adorar, que puede salvar tu alma.» Entendiendo aquel mal juez que el Santo estaba firmísimo en la fe, y que no bastaba todo el mundo apartarle della, mandó que le degollasen, y degollado vino gran multitud de ángeles delante todo el pueblo, que tomaron su santa ánima, y cantando con grande música la llevaron al cielo. Castigó Dios luego á aquel mal príncipe de su crueldad, cargándole de lepra, el cual viéndose tan castigado y alligido de la mano de Dios, hizo oracion á nuestro Señor, y á S. Martiriano, prometiéndole, que si le curaba de aquella enfermedad, adoraria á Jesucristo, así como su suegro acostumbraba adorarle. Y luego hecho el voto, fué curado de la

lepra, y él y todo el pueblo se bautizaron, los que no estaban bautizados, y dióles el bautismo el diácono de la Seo, el cual antes era diácono de S. Juncio, llamado Judaico. Despues tomaron el cuerpo de S. Martiriano, y pusieronle en un sepulcro de piedra mármol, donde hicieron una iglesia á gloria de Dios y de su santo mártir, y allí muchos enfermos curaron de diversas enfermedades, y su ánima reposa en el cielo en compañía de los santos ángeles, y fué llevado despues á Florencia, segun se saca claramente desta historia.

Pasados muchos centenares de años, fué trasladado el sagrado cuerpo á Bañoles, cuya traslacion no se halla por otro escrito antiguo, sino por el que se ha sacado de la pintura de un retablo antiquísimo, y de la tradicion de gente antigua de dicha villa, y se colige, y dicese haber acontecido desta suerte, segun la he yo sacado de un memorial que tienen allí los capuchinos.

Un dia estando en oracion dos virtuosos mancebos les fué revelado por el glorioso S. Martiriano, que le tomasen y llevasen á España á una villa de Cataluña, sobre la cual nace una grande fuente; y eso queria el Santo, y permitia Dios, porque en Florencia no le honraban. Obedeciendo los dichos mancebos al mandamiento del mártir, tomaron el cuerpo, y pusieronle por mas disimular en un tonel, como los con que traen atun, y trajéronlo hasta la entrada de España, por los montes Pireneos, y por la montaña de Canigon y Perpiñan, andando por todas las villas del obispado de Helna. Y aunque allí se hallan muchas fuentes, conocieron no haber llegado allá donde iban y buscaban. Entraron en el obispado de Gerona, haciendo las mismas diligencias, y lleváronle á un bosquesito que está un cuarto de legua de la villa de Bañoles, del cual salen cinco acequias grandes de una illustre fuente que allí nace. Entendieron los dichos mancebos ser la fuente esa que les fué revelado, y quedándose uno dellos en guarda del cuerpo santo, el otro bajó á la villa, y compró algo para comer. Informóse allí qué villa era, y de la causa y origen de tan grande estanque. Dijéronle que era una grande fuente que nacia allí, y estando hablando tocaron las campanas por sí mismas, desde que entró el mancebo hasta que salió. Viendo esto el pueblo, maravillado de ver una cosa tan miraculosa como aquella, pusieron guarda por los portales para ver quién entraba y salia; y volviendo el mismo mancebo otro dia á la villa, entrando por el portal todas las campanas comenzaron á tañer. Prendiéronle, pues, y le llevaron al reverendo abad del monasterio que hay en dicha villa de padres de S. Benito.

Y contando al abad algunos del pueblo lo que pasaba, y que

las campanas por sí tañian las veces que aquel mancebo entraba en dicha villa, rogóle mucho, que si acaso nuestro Señor les queria revelar ó mostrar algun bien ó castigo por medio suyo, que no se les encubriese. El devoto mancebo teniendo sus ojos fuentes de lagrimas de contento, por ver que Dios por honra de su glorioso y bienaventurado mártir, los habia traído á la villa que buscaban, dijo al abad la obligacion que tenia con todo su pueblo de dar gracias á Dios por el beneficio que les hacia en darles un tan grande santo y patron como el glorioso S. Martiriano, y que él traia su santo cuerpo desde Florencia, por haber sido revelado á él y á otro compañero, que quedaba en guarda de dicha santa reliquia, que lo trajesen allí.

En esto ordenaron una muy devota procesion, y el abad, con sus religiosos, clero y todo el pueblo fueron cantando himnos y cantos devotos al lugar donde estaba el cuerpo santo; y al quererlo tomar el abad, y sacarlo del tonel en que venia, sucedió que no queriéndose dejar tocar por él, se subió á vista de todos por el aire á un roble que allí habia, por lo cual se postraron todos por el suelo llorando y pidiendo á Dios perdon de sus pecados. Alegróse desto el mancebo que le traia, y tomándolo con toda facilidad, lo trajeron con mucha alegría, y depositaron en el dicho monasterio en un lugar muy devoto. Llegado el dia, hallaron menos el dicho santo cuerpo en el monasterio, porque se habia vuelto adonde le hallaron el dia antes. Vuelto sobre sí el clero, confesaron y comulgaron en el pueblo, y volvieron, y tomándole con nueva alegría le trajeron al mismo monasterio, y allí hicieron voto de edificarle una capilla (donde le hallaron) á su invocacion y nombre, en la cual todos los años, á 24 de noviembre celebrarian su fiesta, y el dia antes por la tarde llevarian allá su santo cuerpo con procesion, y hasta la otra parte del dia estaria allí implorándose su auxilio. Ha sido Dios servido, que en el año 1582, fué la dicha capilla dada por monasterio á los PP. Capuchinos, donde el glorioso Santo les hace cada dia muchas gracias y mercedes. Supliquémosle todos nos alcance la gracia de nuestro Señor, que de tal manera vivamos en esta vida, que merezcamos gozar su compañía en la eterna. El muy illustre y reverendísimo señor D. Francisco de Arevalo y Suaso, vino para confirmar á Bañoles, martes á 9 de febrero 1599, y el jueves á los 11 del dicho mes, determinó abrir el arca del glorioso mártir S. Martiriano, en la cual fué hallado su santo cuerpo, y mandó que lo mostrasen á todo el pueblo, y así lo hicieron, y le hallaron con un escrito que decia que era el cuerpo de S. Martiriano, obispo y mártir, natural de Florencia.

La misa es en honor de S. Pedro Pascual, y la oracion la siguiente:

O Dios, consuelo de los humildes y fortaleza de los fieles, en virtud de cuyo abrasado amor el bienaventurado mártir y pontífice Pedro Pascual, haciéndose él mismo esclavo, redimió á otros cautivos tiernos en la edad y frágiles en el sexo; suplicámoste que por su intercesion nos libres de toda culpa de la humana fragilidad para estar mas prontos á todas las obras de caridad; y logrando la dicha de estar en tu gracia por habernos perdonado, nos conserves en ella con la eficacia de tus auxilios. Por nuestro Señor, etc.

La Epistola es del cap. 4 de la segunda del apóstol S. Pablo á los corintios.

Hermanos: Bendito sea el Dios y el Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias, y el Dios de todo consuelo, el cual nos consuela en toda nuestra tribulacion, para que podamos tambien nosotros consolar á los que están en cualquiera afliccion, con el mismo consuelo con que somos nosotros consolados por Dios. Porque así como abundan en nosotros las tribulaciones de Cristo, así tambien por Cristo es abundante nuestro consuelo. Pero ya seamos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; ya seamos consolados, es para vuestro consuelo, ó ya seamos exhortados es para vuestra instruccion y salud, la cual obra en la tolerancia de las mismas aflicciones que padecemos tambien nosotros: para que sea firme la confianza que tenemos de vosotros: sabiendo que así como habeis sido participantes de las aflicciones, lo sereis tambien de la consolacion en Cristo Jesus nuestro Señor.

REFLEXIONES.

Bendito sea el Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo. Las alegrías vanas y pasajeras pueden brotar en nosotros de tantos distintos manantiales, cuantos son los objetos que para su satisfaccion se forman nuestras pasiones; pero el verdadero y sólido consuelo no reconoce otro origen que solo Dios, todo nace únicamente de él. Los que provienen de las criaturas son tan vacíos y tan superficiales, que no nos pueden llenar. Hacen el mismo efecto en el corazón, que un vaso de agua helada en un

cuerpo abrasado con una ardiente calentura. Siempre se paga muy caro el ligero y transitorio gusto que se busca en las cosas criadas, el cual nunca es capaz de consolarnos plenamente. El mismo Dios que consuela es el que perdona, y nunca consuela del todo sin haber antes perdonado. Dios es mi padre, y padre de las misericordias, con que no puede dejar de ser para mí el Dios de todo consuelo si no pongo estorbo á sus piedades. Al estado y aun al mayor bien del cristiano le conviene padecer; á la bondad de nuestro Dios sostener y consolar al cristiano en sus trabajos. Es cierto que en todas partes nacen las cruces; pero tambien lo es que llevan consigo mismas el consuelo cuando son retoños de la cruz del Salvador. Las pasiones, hablando en propiedad, tampoco producen mas que cruces; pero todas amargas, y todas saben á la calidad del terreno donde nacen. Si el Señor es el Dios de todo consuelo, sus ministros deben ser unos hombres en donde todos le hallen. En su seno han de derramar los fieles su corazón, y en sus consejos han de encontrar alivio á sus trabajos. ¿Qué otra cosa significan los títulos de padre, de pastor, de médico, de esposo que tantas veces toma el Salvador en el Evangelio? nombres todos de consuelo y ternura. Estos oficios deben hacer sus ministros. Los modales severos y entonados, las palabras agrias y ofensivas, las amenazas, los ultrajes, y un trato duro, despegado y enfadoso, todo es muy impropio de los ministros del Padre de las misericordias. En el servicio de Dios nada se pierde de cuanto se padece por su amor. Los consuelos corresponden á los trabajos, y á los grandes trabajos la abundancia de los consuelos. Poco importa que los hombres sensuales traten de quimera las dulzuras que derrama Dios en los corazones de los que le aman; ni por eso es menos verdad que las condiciones mas risueñas, las fiestas y las diversiones del mundo no hacen mas que suspender por un poco las amarguras interiores, cuando el estado de las almas justas, que se representa mas penoso á los ojos de los mundanos, es verdaderamente un copioso manantial de purísimas delicias para quien ama firmemente á Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 16 de S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo y lleve su cruz y sígame. Porque el que quiere salvar su vida, la perderá; pero el que perdiere su vida por mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su al-

ma? ¿O qué dará el hombre con sus ángeles, y entonces en cambio por su alma? Por- dará á cada uno segun sus obras. que el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre

MEDITACION.

De la falta de juicio que se halla en las máximas del mundo.

PUNTO PRIMERO. — Considera que las falsas máximas del mundo, aunque sean tan universales, por mas que las quieran acreditar tantas personas que presumen de cuerdas y de entendidas, están destituidas de toda razon y juicio. Una de estas máximas, que ciertamente es el día de hoy de las mas autorizadas, enseña que se debe hacer lo que hacen otros. Pero considera á sangre fria quienes son esos otros, que, segun el mundo, han de servir de modelo. ¿Son por ventura algunos hombres de juicio, de notoria probidad, que se hagan recomendables por su vida cristiana, ajustada y ejemplar? A la verdad es bien corto el número de estos; ¿pero á lo menos se propone por ejemplar este corto número? Nada menos. Esos otros que se pretende deben dar la ley, sirviendo de pauta á la imitacion, es esa turbamulta de ociosos y de pisaverdes, muchos de ellos perdidos de reputacion, la mayor parte sin regla, sin conducta, sin virtud; no pocos casi sin religion, que dejando á los timoratos el cuidado de trabajar por la salvacion, ellos pasan la vida en un eterno olvido de Dios, apacentándose únicamente de bagatelas, de quimeras y de inutilidades. Es esa confusa multitud de mujeres profanas, engolfadas y sumergidas en el mundo, que contentándose con una ligerísima tintura de religion, desacreditan con su vida sensual y poco cristiana la doctrina de Jesucristo, forjándose allá no sé qué quimérico sistema de felicidad en una conducta enteramente pagana. Es en fin ese inmenso monton de jóvenes atolondrados, casi todos libertinos, en cuya mayor parte solo se encuentra mucho descoco, grande osadia, poca capacidad, ningun mérito; cuyas estragadas costumbres son el escándalo de toda una ciudad, y cuya lastimosa conducta es el suplicio y aun la deshonra de sus pobres padres y parientes. Estos son aquellos escelentes modelos que nos propone el mundo para la imitacion; estos los que en su dictámen deben dar la ley á todo el universo; estos aquellos otros, cuyo ejemplo se ha de seguir, como él lo pretende. Mi Dios, ¿será posible que llegue á tal extremo nuestra ceguedad! ¿que una servil, que una indigna complacencia por unos

hombres á quienes ciertamente no se estima, á quienes seguramente se desprecia, domine nuestra razon, y por decirlo así, tiranice nuestra libertad, imponiéndonos cierta especie de necesidad de ser malos y de desbarrar solo porque ellos desbarran! Pero lo mas asombroso es, que á solo esto se llama saber vivir, como si toda la sabiduría, toda la prudencia, toda la buena crianza y toda la cordura consistiera ó se estancára en las costumbres de los libertinos; y como si la doctrina de Jesucristo, que cultivó las mas salvajes, las mas bárbaras naciones, y que sola ella debiera ser la regla de las costumbres; como si esta doctrina, digo, no nos enseñara á vivir. ¿Dónde está el buen juicio en este modo de pensar? ¿dónde está el sínderesis de la razon natural? Luego los buenos cristianos ignoran el arte de vivir: luego todos esos santos, cuya sabiduría admiramos, cuyas virtudes aplaudimos, cuya proteccion imploramos, cuyas reliquias son objeto de nuestra veneracion y de nuestro culto; luego todos esos santos, todos esos grandes hombres no supieron vivir, pues no supieron seguir esa muchedumbre de mundanos, no supieron hacer lo que ellos hicieron. Mi Dios, ¿será menester mucho entendimiento para conocer la risible ridiculez de tan lastimosa máxima?

PUNTO SEGUNDO. — Considera la pobreza de los hombres del mundo en su modo de pensar. Pues qué, ¿basta ser buen cristiano, ser devoto, ser discípulo de Cristo para no saber vivir? ¿Qué extravagancia! ¿Ignórase que solo en su escuela se aprende á vivir? Desengañémonos; no hay verdaderamente otro hombre de bien, que el hombre verdaderamente cristiano. En la escuela del Evangelio se aprende aquella inalterable dulzura, aquella humildad de corazón, sin la cual toda aparente afabilidad, toda modestia postiza, toda urbanidad afectada, es una pura monería; pero en poseyendo aquella, se conocen muy bien todos los deberes de la atencion, y todos se practican á tiempo, en sazón y con la mayor oportunidad. Hacer en el mundo lo que hacen los otros, es saber aturdirse en punto de religion como se aturden los otros; pero no es saber vivir como verdadero cristiano. Ciertamente, si es preciso hacer lo que hacen otros, ¿no será mejor hacer lo que hace aquel corto número de escogidos á quienes está prometido el reino de los cielos? ¿lo que hacen aquellas personas prudentes, virtuosas, tan respetables por la pureza de sus costumbres, por su conducta arreglada y uniforme, por su probidad; á cuyo mérito se hace justicia, á pesar de la licencia, del desenfreno del siglo, y á quienes hasta los mismos

disolutos respetan interiormente? ¿lo que hacen finalmente aquellos hombres de ejemplar virtud, á cuya suerte se tiene envidia, y que nos han de servir de confusion y aun de desesperacion en la hora de la muerte por no haber imitado sus ejemplos? Si en aquella hora nos resta algun rastro de razon; si todavia somos en ella cristianos; si no morimos ateistas, ¿nos consolará mucho el haber seguido el ejemplo de tantos insensatos? ¿Qué dolor, qué desesperacion será entonces la nuestra por haber hecho lo que hicieron tantos libertinos! ¿Quien no querria entonces haber imitado á los buenos? ¿haber vivido como los fervorosos de su comunidad? ¿como los que tuvieron una vida verdaderamente cristiana?

Puedo, mi Dios, con vuestra divina gracia evitar estos desesperados arrepentimientos; todavia estoy en tiempo de hacerlo. Disponed, Señor, que me aproveche de este tiempo y de estas reflexiones.

JACULATORIAS. — Confirmad, Señor, y haced que sean eficaces estas luces que vos me comunicais. (*Psalm. 67.*)

Resuelto estoy, mi Dios, á vivir arreglado á vuestras divinas máximas, determinado á conformar mi conducta á vuestra santísima ley. (*Job 27.*)

PROPOSITOS.

1 Siendo cierto que en la hora de la muerte no quisieras haber vivido como ese inmenso monton de libertinos, como esa multitud de mujeres profanas, como ese enjambre de personas, que solo respiran el espíritu del mundo, como ese sin número de indevotos y de imperfectos, opróbio del estado eclesiástico y afrenta del religioso; y que toda la seguridad para mantenerte en los desórdenes que tú mismo condenas, en esa vida tibia que traes, en ese desordenado proceder que de cuando en cuando sobresalta tu conciencia; toda tu seguridad estriba en la esperanza, bien ó mal fundada, que tienes de que antes de morir reformarás tus costumbres, romperás las cadenas que te tienen aprisionado, harás una vida ejemplar y religiosa; ¿por qué no comenzarás á poner hoy en ejecucion lo que no sabes si podrás hacer mañana? El día de mañana es incierto, y hoy tienes ciertamente tiempo, medios, y me atrevo á asegurar que tambien auxilios para hacerlo; pues ten el consuelo de experimentar hoy, antes que llegue la noche, que no es vana tu esperanza. Si esperas convertirte á Dios antes de la muerte, haz que puedas decir

hoy mismo con verdad: Por la misericordia de mi Dios ya en fin me he convertido.

2 No es posible dejar de conocer á alguno de tu misma edad y de tu misma condicion que viva cristianamente; á alguno de tu misma comunidad ó de tu misma religion que viva ejemplar y santamente. Pues propóntele por modelo para imitarle, para ser tan exacto, tan observante, tan devoto, tan cuerdo y tan circunspecto. En materia de costumbres podemos todo lo que queremos.

DIA XXV.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CRISANTO Y DARÍA su mujer, en Roma; los cuales despues de muchos tormentos que padecieron por Jesucristo en tiempo del prefecto Celerino, por sentencia del emperador Numeriano fueron echados en un arenal en la via Salaria y allí con piedras y tierra los sepultaron vivos. (*Véase su vida en las de hoy.*)

EL TRÁNSITO DE CUARENTA Y SEIS SOLDADOS, que fueron bautizados juntos por el papa Dionisio, é inmediatamente fueron degollados por orden del emperador Claudio, y sepultados en la via Salaria, tambien en Roma: allí mismo fueron tambien depositados otros ciento veinte y un mártires, entre los cuales estaban los cuatro soldados de Jesucristo siguientes: TEODOSIO, LUCIO, MARCOS y PEDRO.

LOS SANTOS MÁRTIRES CRISPIN y CRISPINIANO, nobles romanos, en Soissons en Francia; los cuales en la persecucion de Diocleciano, en tiempo del presidente Riciovaro, despues de padecer crueles tormentos, siendo degollados consiguieron la palma del martirio; sus cuerpos fueron despues llevados á Roma, y sepultados honorificamente en la iglesia de S. Lorenzo llamada Panis-perna. (*Véase su vida en las de hoy.*)

LA PASION DE SAN MINIATO, soldado, en Florencia; el cual en tiempo del emperador Decio peleando generosamente por la fe de Jesucristo, alcanzó la corona del martirio.

LOS SANTOS MÁRTIRES PROTO presbitero, y GENARO diácono, en Torres de Cerdeña; los cuales habiendo sido enviados á aquella isla por el papa S. Cayo, en tiempo de Diocleciano fueron martirizados por orden del presidente Bárbaro. (*Véase su noticia en las de hoy.*)

EL MARTIRIO DE LOS SANTOS MARTIRIO subdiácono, y MARCIANO cantor, en Constantinopla, martirizados por los herejes en tiempo del emperador Constancio.

SAN BONIFACIO, papa y confesor, en Roma. (*Véase su vida en las de hoy.*)

SAN FRONTON, en Perigord en Francia. Fué consagrado obispo por el apóstol S. Pedro, despues de haberle convertido á Jesucristo en com-